



Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

Este tres veces H. Consejo Editorial, leído que fue por nos, no tiene empacho alguno en recomendar, amplia y cabalmente este delicioso Tranco que sale de la pluma –claro de la imaginación– del epónimo señor Bracho. Sí, resulta verdaderamente notable el cúmulo de imágenes que salen de esta narración. Mejor ahorremos palabras, y vamos directo a adentrarnos al escrito citado:

TRANCO I

El vuelo rasante de una golondrina me trajo recuerdos imborrables, me situó de lleno en un ayer añorado, me condujo hacia cielos despejados, hacia los rincones luminosos de una parte agradable de mi memoria.

Yo permanecía sentado sobre un tronco de árbol que recién había sucumbido a las inclemencias del tiempo. Fue un arrogante pino en sus años mozos y sus ramas desafiaban a los vientos, a las tormentas y a los rayos campiranos. Ahora rendía tributo a la naturaleza y su noble mole alimentaba a las larvas de los escarabajos, servía de alimento a las abejas, nutría la tierra llenándola de humus. Era largo, tan largo como un día sin haber visto a una morena tentadora, largo como un día sin acariciar a una rubia de Rubens.

Ése era mi asiento majestuoso. Desde allí contemplaba el riachuelo que juguetón y parlanchín serpenteaba por su camino de años y años de duro caminar. Su rumor de noma tenía el canto bajo el dúo de Chaliapin y Robeson. Las leves y tímidas olas aventaban espumas que sigilosamente se depositaban en las piedrecillas de la orilla. La primera vez que pasó, sólo alcancé a escuchar el aleteo del pájaro del verano. Pasó como una ráfaga, como un rayo, y mi oído, no mi vista, registró el zigzagado del ave. Así el fenómeno se sucedió tres o cuatro veces, los intervalos fueron de cuatro minutos exactos, de manera que si quería verla plenamente –yo ya había intuido que era la veloz golondrina la que me provocaba– debería llevar muy bien la cuenta del transcurrir de los minutos. Sí, los conté, al llegar al cuarto minuto fijé mi atención. Allá a lo lejos un punto negro se movía raudo, venía hacia mí siguiendo el cauce del arroyo, en un segundo se hizo perceptible a mi vista, cuando estaba el pajarraco a unos metros de mis manos, hizo una pirueta y detuvo casi por completo su vuelo, se mostró plena y jubilosa, permaneció otros segundos más, así, como si se hubiera congelado en el espacio. La miré a mis anchas, ella, la muy ave, me miró pispireta y sin “decir” nada más salió disparada hacia los árboles del horizonte. No volvió a aparecer. Se fue por aquellos parajes y quizá, cansada de su ágil vuelo, reposaba

ahora en los cables de alta tensión que rozaban las puntas de los encinos. Aquella visión fue la que me llevó a los recuerdos a los que hago ahora mención.

Amanecía, el calor de la noche me hizo dejar la cama y acomodarme en una hamaca que me esperaba bajo el techo del zaguán, la última bruma se evaporaba y me dejaba ver el patio interminable con los árboles frutales, limoneros, zapotes y naranjales, que florecían y llenaban de un agradable olor dulce aquél espacio. Serían las seis de la mañana, bostecé, levanté los brazos para des-perezarme, mi mano derecha tocó algo, no quise voltear para ver lo que era, pero era, según mi tacto una piel y una carne desnuda, recorrí con lentitud exploradora las partes de aquel cuerpo, era, claro un cuerpo de mujer, mi gozo subió a las alturas del Everest, sentía cómo el corazón de aquella hembra saltaba rítmicamente, sus pechos -yo aún no podía, mejor dicho, no quería voltear hacia atrás, para no romper el encanto, para no despertar de aquel sueño, por eso mi mano prosiguió a ciegas el recorrido por sus pechos suaves como pensamientos amarillos. No sé cuanto tiempo empleé en visitar sus rincones,



Solemilio

sólo recuerdo que así estuve minutos interminables, y que aquella bruja, santa, virgen, madonna, tampoco se movía gran cosa, sólo se estremecía levemente cuando su placer subía de tono. Ni una tela cubría su cuerpo, ni un velo, ni una nada la vestía. Debo decir también, que yo, para soñar más, para sentir más, para grabar en mi mente, con el lujo de detalles que proporciona el cerrar los ojos, aquella Venus enhiesta, para imaginar todo lo que es imaginable cuando una mujer desnuda se presenta, así, sin más, ante uno. Mi mano subía y bajaba, mis dedos, aunque en posición incómoda, hacían lo posible por trasmitirle mis más recónditas intenciones. Intenciones que no eran, ni mucho menos, las intenciones de un samaritano, ni las de un beato, no, eran -lo creo a pies juntillas- las de un guerrero sediento, eran las de un marino de siete mares, eran las intenciones de un Aladino que frotaba su lámpara en la piel de una succulenta cristiana, eran las tenebrosas intenciones de tiburón solitario que anda en busca de una pareja submarina, sedienta de caricias, las intenciones mías eran las de un preso sentenciado a cadena perpetua que nunca ha recibido una visita conyugal, era mi intención la de un ayunante carnal que juró no tocar a mujer alguna en veinte años contados, mi siniestra intención para con aquella varona eran las más bajas, pero a la vez, las más cálidas y más bellas que el más bajo y más bello de los volcanes del mundo, eran las más altas que la nube que roza la luna llena, era mi intención la de un paje que ve a la princesa virgen, tras la cortina, quitarse las ropas y meterse luego a la tina con agua traída de Palestina y esparcida con fragancias de la India y con burbujas que producían los azahares cortados al amanecer. Cuando ya no pude resistir más, so pena de merecer el castigo de Orfeo, ya sin poder contener mis ansias, sin fuerza alguna para continuar con sólo el tacto, abrí los ojos, me incorporé, y rompiendo con el miedo, giré mi cabeza para poder encontrarme con mi Euridice. No fui castigado por los dioses, no. Allí estaba, toda ella, entera,

sonriente, cabal, refulgente, de una blancura que hacía palidecer mi alma, firme, clara, precisa. La atraje hacía mí con una suavidad que ocultaba mi deseo de tomarla por asalto rabioso, oculté mis ganas de abrazarla con la furia de Hércules, calmé mis ímpetus de toro acorralado y lentamente, lentamente, como quien mueve los brazos a ritmo de moderato cantábile, como quien se mueve a ritmo del frío Plutón, la allegué a mi cuerpo que por dentro era el Vesubio. Eva estaba allí, la cobijaba, la cubría sólo el aire, nada más. Rápido, ahora sí, lancé a los aires lo poco que cubría mi cuerpo. Adán era yo. Tomé a mi Eva rubicunda, pasé mi brazo por su cintura echa de hondonadas maquiavélicas, la encaminé al camino que va al averno ¿o al Edén? la retuve a los veinte pasos y ambos, ni yo empecé, ni ella, los dos, impulsados por el viento que Eros nos lanzaba, nos besamos tanto y tan fuerte y tan profundo y tan cálido y tan arrebatados que los árboles rugieron de felicidad, las ramas se movieron al compás de los labios. Caminamos más. Emprendimos el viaje hacia lo más espeso de la pequeña jungla. Allí, en un recodo del camino, debajo de la ceiba luminosa, Eva, la muy Eva, se recostó, puso su larga cabellera sobre sí para ocultar sus pechos de leyenda misteriosa. La miré como quien mira una puesta de sol, como quien observa una aurora boreal, como quien ve una lluvia de estrellas, como quien admira la Vía Láctea que deslumbra en una noche oscura, mi mirada la recorrió como quien recorre el sistema planetario y que a cada astro que descubre, un hálito de vida llena el alma y deja el espíritu pleno y puro, la miré como quien mira el torrente de agua que se precipita al océano, la miré como quien mira a la Afrodita incansable. Me alargó un brazo, lo hizo como si dijera que el tiempo pasa, el tiempo vuela y lo que hoy es cierto, mañana es aire, es polvo, es infinito, es nada. Respondí a su llamado. Su cuerpo y el mío lucharon la lucha de las cobras reales. Su cuerpo, su blanco y ondulante cuerpo, su subyugante cuerpo, su cuerpo, fuga de Bach, sinfonía de Wagner, pintura del

Veronés, escultura de Fidias, grabado de Durero, poema de Homero, canto de Dante, su cuerpo, ese cuerpo, me atrajo como imán, como rocío a la sed, como pan al hambre, como lluvia al desierto, como calor al hielo, como aire al velamen, como alivio a la herida. Juro que no sé cuánto tiempo permanecí pegado a ella y ella a mí, no lo recuerdo, no quiero ser preciso en los tiempos transcurridos, solo sé que el sol se metió por el oriente, que la luna nos iluminó varias noches con un dejo de celos profundos, que el dolor de nuestros muslos y de nuestras bocas y de nuestros labios y de nuestras manos y de nuestros vientres nos dejaron marcas profundas, nos produjeron esos combates un cansancio de siglos. Al tercer día desperté para continuar con la batalla de dos cuerpos y cuatro brazos que no se daban vencidos por nada. Ella ya no estaba allí. Alcancé a escuchar un ruido, el ruido que producen las hojas al ser pisadas. Era ella, era mi Venus desnuda que emprendía la huída. Volteó hacia mí, me miró como mira una pantera, me sonrió como sonríe la Mona Lisa, movió un brazo como diciendo adiós, como diciendo que se iba hacia allá, hacia el horizonte, hacia el color morado del atardecer. Me quedé observando su torso, su espalda, sus piernas, su todo. Cuando ya era un ligero punto en el más allá, me dirigió una última mirada, mirada, que a la distancia, me pareció un mirada de mujer enamorada, de mujer en plenitud. Así la sentí, así la recuerdo por última vez. Ésa fue la dicha que tuve aquella vez que añoro.

Y, como digo, la golondrina, el punto negro que tenía frente a mí, me trajo a la memoria este cuadro de tintes indelebles. Así fue. Así. Sólo quiero agregar que algunas mañanas, tumbado en mi hamaca, espero que otra vez llegue mi Venus. Allí espero. Allí esperaré todo el tiempo que me permita el aerolito que cruza el espacio. ¡Venus mía, no tardes!